

De la boca de aquel fetiche brotaban los más estupendos horrores, argumentaba en jerigonza política, amenazaba, gesticulaba; estaba rojo como el Mefistófeles del melodrama! Todo esto no impedía que á cada instante protestara de su *desapasionamiento* y desinterés. Según él su pensamiento bogaba sobre el mar de la serenidad y delante sólo tenía la imagen angusta de la Patria!

Valiente serenidad y valiente patriotismo!

Tras esta columna tempestuosa é iracunda se desplomó otra mansa y apacible. Marchaba á ciegas la pobrecita! Pidió, por Dios, que pagáramos, que pagáramos *lo que todos debíamos!*

Disfrazado con piel de oveja, se hizo oír otro fetiche: habló del reducido número de los *escogidos* habiendo sido tan grande el de los *llamados*.

El silencio... Parlamentario

Por absurda que parezca la unión de esas dos palabras, tiene su justificación práctica.

Juzgue el lector:

Un periodista obsevador, á caza de amenidad y novedades, ha descubierto que en el Reichstag hay cuarenta y tres diputados que desde las elecciones de 1907 no han tomado una sola vez la palabra.

Entre ellos hay cinco que, formando parte del Parlamento desde 1893, no han pronunciado todavía su *maiden speech*.

Tres de esos acérrimos abstencionistas de la palabra pertenecen al grupo conservador, uno es miembro del partido del imperio y el otro pertenece al centro.

Entre todos esos diputados cartujos, de quienes se sabe que no han hablado desde tal fecha pero se ignora si habían hablado antes, sobresale un diputado conservador, verdadero mudo Parlamentario, que, perteciendo al Reichstag desde 1882, no ha sentido una sola vez la necesidad de dar libre curso á su elocuencia.

De sus labios recogimos este lamento: «están verdes, están verdes.»

Tocó su turno á un buey manso: pidió *pax multa* entre los príncipes devotos del *antiguo* y los del *nuevo testamento patrio*.

La multitud, indignada al recuerdo de sus afrentas, hizo el vacío al rededor de unos fariseos que por asalto tomaron la tribuna. Las palabras de estos hipócritas se perdieron en la inmensidad del desierto.

* * *

Volved idólatras á vuestros hogares! Meditad ahí un instante; usad de la reflexión y contestáos esta pregunta: quiénes son más repugnantes, los simples que permanecen de rodillas ante estos muñecos de trapos llenos de soberbia, ó los muñecos mismos?

SALOMÓN CASTRO.

Evidentemente los electores de tal fenómeno estarán contentos con él por sus votos y sobre todo por el ahorro de disparates, sofismas é hipocresías logrado con su silencio.

Con ese diputado fenómeno se prueba que si la elocuencia es de plata el silencio es de oro, y que si no suele causar remordimiento el haber callado alguna vez, son infinitos los que han de arrepentirse por haber soltado la sin-hueso.

Y no se diga que el no hablar significa incapacidad, porque se sabe que Newton, el gran Newton, representante en el Parlamento británico, sólo habló una vez, y su discurso tuvo por objeto pedir que se cerrara una ventana que producía una molesta corriente de aire.

En nuestro Congreso, y frente á los más trascendentales problemas económicos, hay una mayoría que guarda en las arcas de la conveniencia el oro de su palabra. Ese oro no gastado, acaso sirva para forjar mañana los barrotes de una jaula para las nuevas generaciones costarricenses.